

Anabella Paiz desvela las claves de la violencia en Guatemala

■ La turbia telaraña entretejida por el narcotráfico, la guerrilla y las maras –bandas de delincuentes– son el telón de fondo de una obra sobre una familia dividida por la guerra civil

XAVI AYÉN

BARCELONA. – La historia de un coronel secuestrado y prisionero en un infecto pozo de metro y medio de diámetro, que, para combatir la locura, recuerda su vida desde la academia militar hasta sus intrincadas relaciones familiares, es el eje de *Donde los perros se vuelven lobos*, el debut novelístico de Anabella S. Paiz (Ciudad de Guatemala, 1952), recién publicado por la editorial Alpha Decay.

La autora –que ha residido en Estados Unidos durante veintiún años– traza un fresco de un país dividido entre guerrilla y ejército, con víctimas y verdugos capaces de intercambiar sus papeles, pero, sobre todo, cuenta una traición entre hermanos, Armando y Amílcar, cuyo trágico conflicto familiar funciona como alegoría de las profundas heridas del país. Ambientada en la violencia guatemalteca, y con lejanos ecos de *La ciudad y los perros*, “la primera obra que leí en castellano tras una educación en el Colegio Alemán”, Paiz utiliza un contrapunto femenino a la historia de ambos hermanos, el de Sheny, la mujer de uno de ellos, Amílcar, cuyas peripecias vitales muestran las duras condiciones de vida de la gente de a pie. “Amílcar es alguien –sintetiza la autora– a quien todo le ha salido mal”.

Como lectora, Paiz admira especialmente a Lorca, “capaz de decir muchas cosas con un lenguaje elemental”. Quizá por ello el estilo de



KIM MANRESA

Anabella S. Paiz

su novela “tiene los pies en el suelo”, rebosa claridad y frases cortas, en las antípodas del realismo mágico. Una economía de medios que se manifiesta a través de tres voces narrativas que se alternan para contar sus vidas, especialmente la de Armando, militar atípico, “con principios, inteligente, que formó parte de una promoción de cadetes de la cual la mitad se integró en la guerrilla y la otra reprimió guerrilleros”.

La turbia telaraña entretejida por el narcotráfico, la guerrilla y las maras –bandas de delincuentes de importación norteamericana– son el telón de fondo de una obra que desemboca en los años noventa, cuando se firma la paz en Guatemala. “Quería narrar las secuelas de la guerra, cómo afectó esa gran división a las vidas de la gente, y cómo la gente que tenía armas se ha reciclado en diversas actividades violentas y de narcotráfico”.

Uno de sus retos consistía en “ofrecer el punto de vista de los militares. Los intelectuales –generalmente situados en la izquierda– lo han evitado, y yo consideraba que era importante para conocer lo que pasó realmente. Quise ver las cosas también desde el otro lado porque no podía ser que el cincuenta por ciento del país fuera bueno y el otro cincuenta por ciento malo, era algo que sólo una novela podía explicar y que me vale críticas de todos lados: por comprender a los militares y a la vez por no aplaudir lo que hicieron”.

Para conseguir su objetivo, Anabella S. Paiz –que confiesa haberse inspirado en una historia real de “un hijo de banquero secuestrado”– viajó a menudo a Guatemala –residía todavía en Estados Unidos– “a entrevistarme con militares, sobre todo con uno, durante diez años. Las entrevistas personales me ayudaron a cubrir muchos huecos historiográficos porque, en mi país, casi no existen libros sobre lo que sucedió desde 1945 hasta nuestros días”. Tantos referentes guatemaltecos son únicamente la base porque “esto es una novela y la historia debe funcionar de modo universal, incluso he cambiado los nombres de algunos topónimos”.●